

SALMOS DE LA MESETA

La meseta se mueve en un tiempo intermedio,
sobre sus lejanías se ha parado la historia.
En la arcilla reseca suenan siglos antiguos,
una legión romana la cubrió de caballos.
El labrador confunde con ella sus arrugas,
a su rostro se suben los surcos de la tierra.
Pesadamente, el mulo tira por el arado,
su piel encallecida no recuerda los prados.
Entre los trigos verdes hay caminos de hierba,
por ellos el rebaño va buscando el ocaso.
Los andrinos despuntan su fruto pequeñísimo,
en sus flores humildes se agazapa el otoño.
Los pinos, apiñados, enseñan sus heridas,
en resinas de oro desgranar lentamente.
En la curva del río las aguas se amotinan,
añoran la montaña y su estirpe de espejos.
En los pequeños huertos las manzanas se esconden,
concentran el perfume de las horas serenas.
Los gorriones puntean las tapias con sus picos,
bajo todas las tejas los reclaman sus crías.
El tordo y la paloma pasean juntamente,
a la vereda del surco persiguen su alimento.
No hay pueblo sin su torre ni torre sin cigüeñas,
desde el enorme nido vigilan el poniente.
El cernicalo vuela sobre la loma seca,
como veloz saeta dispara sus ataques.
El sol está muy alto y el silencio es inmenso,
tan sólo la cigarra carece de descanso.
Las hormigas se afanan por caminitos de oro,
el tiempo les parece corto para el trabajo.

Angel B.